

ALAN DAVID DEYERMOND
(1932-2009)

FRANCISCO BAUTISTA
Universidad de Salamanca

El profesor Alan Deyermund, uno de los hispanistas más admirados y queridos del último medio siglo, miembro del Consejo Asesor de *Revista de Literatura* ha fallecido el 19 de septiembre de 2009, a los 77 años, y su pérdida ha sido enormemente sentida en la universidad española, con la que le unían muy estrechos lazos, en los medios universitarios de las dos Américas, donde dictó numerosos cursos, y desde luego en los de su país, el Reino Unido. Formado en Oxford en los años cincuenta, enseñó en el Westfield College de Londres (desde 1989 Queen Mary and Westfield College, y actualmente Queen Mary), primero como profesor titular, y desde 1969 como catedrático, hasta su jubilación en 1997. Combinó su docencia en Londres con amplias estancias en otras universidades y centros de investigación en Estados Unidos, América Latina y España, lo que hizo que su magisterio haya marcado globalmente el desarrollo de los estudios hispánicos. Entendió la docencia y la investigación desde una perspectiva absolutamente moderna, sin fronteras, donde el diálogo y el intercambio intelectual fueron una herramienta y una invitación frente al aislamiento, y donde el esfuerzo colectivo iba siempre de la mano del trabajo personal.

Ya retirado de la docencia regular, siguió colaborando en múltiples iniciativas como el Curso de Alta Especialización en Filología Hispánica, del CSIC, y recibiendo numerosos estudiantes que desde los lugares más diversos acudían a él en busca de consejo y de inspiración, a los que siempre acogía con cariño y generosidad, y con una dedicación ejemplar. Fue un maestro incomparable, a quien sus muchos compromisos y quehaceres nunca apartaron de los alumnos y doctorandos, cuyos trabajos leía y comentaba infatigable y minuciosamente, siempre con palabras de aliento y con comentarios enriquecedores. Quizá porque se decidió por el estudio de la literatura española influido por sus maestros Robert Pring-Mill y Peter Russell, entendía que la docencia era el quehacer más importante y decisivo de un estudioso, y a ella dedicó la mayor parte de su tiempo y de su talento. Y a diferencia de sus libros o de sus artículos, ésta es una faceta que ya sólo reside en la memoria de quienes tuvieron ocasión de conocerle.

Conquistó numerosos espacios culturales para el español y para los estudios literarios hispánicos, tanto en las asociaciones académicas de las que fue miembro y en algunos momentos presidente (por ejemplo, la London Medieval Society), como en las colecciones editoriales que creó (en especial, Papers of the Medieval Hispanic Research Seminar) o dirigió. Todo ello contribuyó a favorecer un creciente interés por la cultura medieval hispánica en los centros universitarios británicos y norteamericanos, y propició también nuevos cauces para la publicación y difusión de libros escritos por investigadores de muy variada procedencia, creando una plataforma de debate y encuentro.

Escribió abundantemente, y casi sobre todos los aspectos de la literatura y la cultura medievales, desde el *Cantar de Mio Cid* a la *Celestina*, dos de sus temas predilectos. En todos los casos combinó un exquisito rigor filológico con la búsqueda de nuevos lenguajes críticos y con la exploración de temas que tradicionalmente, por diversas razones, habían sido relegados. Así, frente a la corriente que privilegiaba la estética realista en las letras peninsulares, destacó el amplio y original cultivo de la ficción, lo que dio lugar a una eclosión de los estudios sobre la novela medieval, que hoy es uno de los campos de investigación más transitados. De igual forma, fue uno de los primeros en investigar sobre la literatura escrita por mujeres o sobre su importancia en el desarrollo de la literatura, asuntos que hoy tienen un lugar central en los estudios culturales y filológicos. En otras ocasiones, aunque se situó ante problemas más clásicos, acabó ofreciendo perspectivas que los renovaban completamente, como sucede con su estudio sobre la clerecía y la épica medieval (*Epic Poetry and the Clergy*, 1969), o con su investigación sobre las fuentes de la *Celestina* (*The Petrarchan Sources of «La Celestina»*, 1961) donde inauguró una nueva manera de entender el estudio de las influencias literarias.

Su originalidad y su claridad expositiva han hecho que uno de sus libros fundamentales, su *Historia de la literatura española, I: La Edad Media* (1973), sea aún hoy la mejor introducción a esta materia, pese a los muchos años transcurridos desde su primera publicación, y pese a que en estos años se ha producido una revolución en los estudios literarios medievales. Al rigor y la claridad, su *Historia* suma una visión coherente y personal, sólo al alcance de quien es capaz de dominar y comunicar un conjunto de saberes hoy cada vez más atomizados e inalcanzables para un único estudioso. Las mismas cualidades, rigor, claridad y originalidad, convierten a uno de sus proyectos más ambiciosos, desafortunadamente ahora inacabado, su *Literatura perdida en la Edad Media*, en un auténtico hito y en una insustituible obra de referencia.

Con todo, para quienes tuvimos el privilegio de conocerle, Alan Deyermund pasó de ser una referencia libresca a convertirse en un referente vital, en un modelo del estudioso, en donde a la vocación por la literatura se unía una dimensión ética del conocimiento. Rasgos estos del auténtico maestro, lo convirtieron en una fuente de inspiración para sucesivas hornadas de jóvenes

investigadores, que encontraron en él un interlocutor atento y generoso, amante del diálogo y ajeno a toda forma de condescendencia. Dotado de una fina ironía y de un inconfundible sentido del humor, su conversación era también una experiencia plena de sorpresas. Alan era un estilo.

Afortunadamente, pudo ver su amplia labor recompensada con el reconocimiento y la amistad de numerosos colegas y discípulos, que le tributaron homenajes (cuatro en total, uno de ellos en España), dedicatorias y agradecimientos. Las instituciones no estuvieron al margen de ello, y es un orgullo para nosotros que en España se sintiera también querido y recompensado. Entre otras distinciones, fue Premio Internacional Elio Antonio de Nebrija (1994), socio de honor de la Sociedad de Estudios Medievales y Renacentistas, integrante del selecto Consejo Científico del Cilengua, y recientemente académico correspondiente de la Real Academia Española.

Su energía y su capacidad de trabajo parecían inagotables, tanto como su calidez humana y su generosidad. No es extraño que el corazón no se resigne a la despedida. Vuelven las palabras del poeta que él tan bien leyó y comentó; vuelven para recordárnoslo, que «aunque la vida murió, nos dexó harto consuelo su memoria».